

# Pinceladas vibrantes

M A R Z O 2 0 2 1



## **San José y el niño**

**Óleo sobre lienzo, Carolina Espejo**

**2016, Parroquia de santa María de Benquerencia (Toledo)**

Este año 2021, dedicado a san José, precisamente para celebrar su fiesta en este mes de marzo, no hemos podido resistirnos y hemos decidido traer, entre todas las obras que esta sección dedica a la mujer, la imagen de un hombre: San José.

Además, en una de las últimas obras contemporáneas, llena de frescura, realizada en nuestra diócesis.

Su autora es Carolina Espejo, una joven pintora toledana, que lleva pitando desde que tiene uso de razón y que vive su fe en la parroquia de Santa María de Benquerencia, en el barrio del Polígono de Toledo, donde se encuentra la pintura en la actualidad: "Quería que ese cuadro fuera poco y todo a la vez,

puesto que en el Evangelio parece que se dice poco de San José, aunque en realidad lo está diciendo todo”, afirma la autora para quien San José es: “Un joven hombre, con la fe de un gigante. Y así he tratado de representarlo, sencillamente sentado, sosteniendo sobre sí al que es todo.”

La escena es, sencillamente, maravillosa. De un fondo de pared neutro emergen las dos figuras de medio cuerpo, entrelazadas. “Sin San José, el Niño se perdería en el fondo, es su telón y su soporte y, sin el Niño, la imagen de San José, no tendría fuerza ni sentido.” Esta ha sido la intención de su autora, a la hora de componer con tanta simplicidad la escena: dos figuras, dos planos con escorzos de brazos y piernas, dos tonos de color, el verde oliva y el blanco, con sus matices en las carnaciones y sombras. Todo simplificado, todo concentrado en sus personas, en sus gestos improvisados, en sus expresiones de felicidad y gozo.

La figura de José pertenece a un joven robusto, de cabellos espesos y barba poblada, de color castaño, animados por pinceladas ocre y amarillas, que enmarcan un rostro realista, de nariz aguileña y boca carnosa, en el que el retrato del joven toledano Víctor, aparece capturando el instante del gesto abierto por una gran sonrisa. La cabeza se inclina hacia el niño, con los ojos entornados. Las sombras de la frente contribuyen a acentuar el volumen y el movimiento del padre hacia el hijo. La luz se proyecta de frente sobre uno de los pómulos, nariz, boca y barbilla. Es esta luz blanca, la que dirige nuestra mirada hacia el niño precioso, regordete, blanquísimo y perfilado en sus rasgos, como un muñeco de porcelana. El modelo para la criatura fue Juan Lázaro, a la edad de 3 años, hijo de una familia conocida y muy querida en nuestra diócesis, la de Isa y Jorge Lázaro, sus padres.

No solo su rostro y su cuerpo han sido fuertemente iluminados, también la vestidura blanca que le cubre irradia luminosidad. Es una delicia de tela esculpida, modelada con pinceladas suaves y redondeadas, donde las sombras angulosas y zigzagueantes apenas distraen el efecto de plasticidad. Nos recuerda al mejor Zurbarán.

La postura del niño fugaz, espontánea, con la pierna doblada a punto de deslizarse, sobre la rodilla del padre y con la manita derecha cogiendo el dedo gordo de su pie, como acostumbra los bebés, provoca una sensación de vida auténtica. Les hemos sorprendido jugando a padre e hijo en un instante de su recreación infantil, de su complicidad, de su flujo de ternura, de su estar a gusto en el regazo de papá porque es divertido, placentero y dulce.

Carolina nos explica el sentido de la postura de José: “Con las manos abiertas, como el que lo tiene todo, pero que no posee nada para sí. Cruzadas con las manos y los pies del Niño, como aquellos que trabajan juntos.”

Manos pintadas con un hiperrealismo asombroso, fuertes y sonrosadas las de José, prolongación de sus brazos morenos, cubiertos de vello. Manos abiertas que sutilmente tocan la carne del niño, pero que apenas lo rozan, que no aprisionan, que no lo poseen como propio, sino que lo rodean dejando distancia, lo abrazan sin estrechar, lo sostienen con firmeza y equilibran en su pirueta..., todo para cuidar el tesoro delicado que Dios ha puesto en sus manos y que trata con la delicadeza hacia un fino cristal.

La autora ha buscado un momento expresivo para significar el profundo misterio de esta relación de José con el niño, tan especial: “El Niño descansa y respira con la naturalidad y confianza del que se siente en casa, y san José se comunica con él, con la sonrisa de un alma joven, en la que va calando la alegría del mayor misterio.”

Tiene al que es la vida y la resurrección en sus brazos, el Verbo eterno que no muere y que irradia vitalidad, triunfo sobre el miedo, luz sobre las sombras de muerte que pueden acecharnos, esperanza sobre el presagio funesto con el que Satanás nos viene a visitar. El niño se ríe, porque no es para menos: José, su papaíto, le sostiene y protege en su regazo, como el regazo materno de María, su madre, donde también se esconde y descansa otro tanto; Abba es su padre y nada le falta; La Ruaj es su aliento porque el Espíritu Santo palpita en su interior; su corazón Sagrado late amor puro; las células de su cuerpo irradian vida eterna... ¿Cómo no sonreír y reír a carcajadas?

Llegará el día en que este pequeño cachorro de cordero, como nuevo Isaac, tenga que ser llevado al altar del sacrificio... pero la vestidura blanca que hoy le cubre con su textura suave y ligera, envolverá su cuerpo muerto en el sepulcro y será preludio del milagro luminoso de la Resurrección. Y esta carne tierna de niño que hoy juguetea y se entrelaza en los brazos de su padre de la tierra, abrirá los brazos en la cruz para ser traspasada y ofrecernos una carne eucarística inmortal.

José es un hombre sencillo, de la calle, y joven. Éste es uno de los rasgos más llamativos de esta obra. La tradición, tardó muchos siglos en considerar a José como un hombre joven, fuerte, viril, gallardo... antes bien, su vejez y decrepitud ayudaban a reforzar el testimonio de su castidad. El arte se hizo eco de sermones y enseñanzas que no dudaban en situar a José en un último plano, llegando tarde al nacimiento del niño, por haber ido a encender una candela, o bien secando los pañales del niño, o recogiendo ávido las monedas de los magos de Oriente, pendiente del burro en la Huida a Egipto, fabricando sus piezas de madera en el taller... y poco más. Las barbas luengas y canosas, la tez avejentada, el cuerpo caído por el peso de los años... tal era el panorama.

¿Qué pasó entonces para que un anciano se convierta en el joven robusto, firme, generoso y apuesto que vemos que hoy ha triunfado en la iconografía del arte cristiano? ¿Cómo pudo la Iglesia redescubrir las virtudes del justo José?

Sin duda, quien hubo de acoger a la Reina del Cielo en cinta, protegerla junto a su recién nacido de poderosos enemigos, vivir la desdicha de exilio y la experiencia amarga del emigrante en tierra extranjera, regir un hogar en Nazaret, ganar el pan y asumir las cargas del trabajo y los sinsabores de la vida, y lo mejor de todo educar y transmitir la fe al mismo Dios, no podía ser en modo alguno, un viejo sin energía, ni vitalidad.

Hasta finales de la Edad Media, los teólogos no comenzaron a ensalzar la dignidad y santidad del padre putativo y nutricio de Cristo, como modelo de esposo, padre y trabajador.

El dominico Isolanus publicó en 1522 la “Suma de los dones de san José”. Poseía todas las virtudes, los siete dones del Espíritu Santo y las ocho beatitudes del Sermón de la Montaña que lo elevaban espiritualmente sobre los grandes teólogos y más sabios filósofos. Por este texto célebre, creció en los fieles el respeto por San José.

Los vientos de la Reforma Católica se llevaron muchas imágenes legendarias de los retablos. El Concilio de Trento dio directrices de cómo se tenían que representar los personajes sagrados y los santos, pero José siguió estando en las discusiones de los teólogos. Se preguntaban cómo sería José. Si hubiera sido anciano en una época en que pocos alcanzaban edades avanzadas, no habría podido defender a María y Jesús del peligro, sobrevivir en la huida a Egipto, subsistir allí, regresar, educar a Jesús, transmitirle el amor y el temor a Yaveh... Un hombre anciano habría muerto pronto, y eso habría significado el desamparo para la Sagrada familia.

Sí, definitivamente José tuvo que haber sido joven, fuerte y joven, valiente y muy capaz y muy justo, y muy temeroso de Dios y muy amoroso con Dios hecho hombre.

Lo que Jean Gerson con sus escritos y Bernardino de Siena con sus sermones llenos de dulzura, no consiguieron en el siglo XV y XVI, lo acabó consiguiendo Teresa de Jesús años después. El primer convento que fundó en Ávila al iniciar la reforma del Carmelo y otros doce de sus diecisiete fundaciones, los puso bajo la advocación de San José, “el padre de su alma”.

“Y tomé por abogado y señor al glorioso San José y encomendéme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer.” (Santa Teresa, Libro de su vida, Capítulo VI, 6)

Toledo, su quinta Fundación, será uno de los conventos dedicados a José, donde, una vez trasladadas las monjas a otro emplazamiento, se mantendrá la advocación en la Capilla, la primera de la cristiandad dedicada a san José. Y pocos años después, en 1598, el Greco recibirá el encargo de pintar los retablos para esta capilla, y en el lienzo principal, la figura de José nos sorprenderá, por ser la primera vez en la historia del arte, en la que José aparezca joven y robusto, además de coronado por ángeles y glorificado.

Nada más lejos de la interpretación de Carolina Espejo, quien despoja a las figuras sagradas de todo atributo, estancia, libros, luz dorada, ángeles... para dejar en la mayor desnudez el misterio, que de tan humano y sencillo se nos ofrece cotidiano, cercano, posible... Apenas se apunta un nimbo de luz alrededor de sendas cabezas. En sus propias palabras: "Un cuadro en el que resplandece el Señor, cuando era niño; parece que brilla con luz propia y, sin embargo, no le quita nada a San José sino que se completan el uno al otro."

Termina diciéndonos la autora, quien lleva pintando desde que tiene uso de razón, porque pintar forma parte de ella misma: "Una escena religiosa es una llave que abre algo dentro de ti a tu corazón a tu alma. Si tuviera que elegir unas palabras para el San José de este cuadro, serían "bueno y humilde".

El justo José, que con su silencio en el Evangelio ha enseñado a doctores y sabios, no toma la palabra para enseñar, sino que contempla gozoso, disfruta, se ríe ilusionado, porque es irresistible la belleza, la ternura, la candidez de ese rostro regordete, de cachetes colorados, porque tiene en sus brazos a Dios mismo, porque este niño es el sentido de su vida, su misión más entregada, tocando el cielo, sintiendo el calor corporal del Verbo eterno encarnado, siendo el trono de la Sabiduría que se sienta en su regazo, sintiendo el peso del Señor del Cosmos. Es para volverse loco de alegría, para gritar de júbilo, para seguir jugando y contemplando maravillado, lo bueno que es Dios, lo bello que es su Hijo, lo amoroso que es el Espíritu Santo... y lo bienaventurado que es él, que ha sido elegido para acogerle en sus brazos.

¿Qué tal si preparas tu regazo también para recibirle? ¿No sería apetecible tener así a Dios contigo con esta confianza, complicidad y amor? Te vas a reír...

Pilar Gordillo